

BESTSELLER DE *THE NEW YORK TIMES*

Qué debemos hacer hoy  
para garantizar un mundo feliz  
a nuestros nietos

# Lo que le debemos al futuro

William MacAskill

# **Lo que le debemos al futuro**

Qué debemos hacer hoy para garantizar  
un mundo feliz a nuestros nietos

**WILLIAM MACASKILL**

Traducción de Jesús Negro



EDICIONES DEUSTO

Título original: *What We Owe the Future*

© 2022 by William MacAskill. All rights reserved.

© de la traducción: Jesús Negro, 2023

© Centro de Libros PAPP, SLU., 2023

Deusto es un sello editorial de Centro de Libros PAPP, SLU.

Av. Diagonal, 662-664

08034 Barcelona

[www.planetadelibros.com](http://www.planetadelibros.com)

Primera edición: octubre de 2023

Depósito legal: B. 15.177-2023

ISBN: 978-84-234-3607-1

Preimpresión: Realización Planeta

Impreso por Huertas Industrias Gráficas, S. A.

Impreso en España - *Printed in Spain*

La lectura abre horizontes, iguala oportunidades y construye una sociedad mejor. La propiedad intelectual es clave en la creación de contenidos culturales porque sostiene el ecosistema de quienes escriben y de nuestras librerías. Al comprar este libro estarás contribuyendo a mantener dicho ecosistema vivo y en crecimiento. En **Grupo Planeta** agradecemos que nos ayudes a apoyar así la autonomía creativa de autoras y autores para que puedan seguir desempeñando su labor.

Dirígete a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesitas fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puedes contactar con CEDRO a través de la web [www.conlicencia.com](http://www.conlicencia.com) o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.



El papel utilizado para la impresión de este libro está calificado como **papel ecológico** y procede de bosques gestionados de manera **sostenible**.

# Sumario

---

Prefacio .....	9
----------------	---

## PARTE I

### La visión de largo plazo

Introducción .....	19
Capítulo 1. Defensa del largoplacismo .....	29
Capítulo 2. Tú puedes dar forma al curso de la historia .....	63

## PARTE II

### Los cambios de trayectoria

Capítulo 3. El cambio moral .....	93
Capítulo 4. La fijación de valores .....	145

## PARTE III

### La salvaguarda de la civilización

Capítulo 5. Extinción .....	199
Capítulo 6. Colapso .....	225
Capítulo 7. Estancamiento .....	261

PARTE IV

**El fin del mundo: una evaluación**

Capítulo 8. ¿Es bueno que nazca gente feliz? .....	297
Capítulo 9. ¿El futuro será bueno o malo? .....	329

PARTE V

**El paso a la acción**

Capítulo 10. Qué hacer .....	375
Epílogo. Aún hay mucho que hacer .....	411
Agradecimientos .....	419
Apéndices .....	427
Créditos de los gráficos y fuentes de los datos .....	441
Palabras finales .....	443

## Capítulo 1

---

# Defensa del largoplacismo

### Los miles de millones sin voz

Las personas del futuro cuentan. Podemos estar hablando de mucha gente. Tenemos la capacidad de hacer que sus vidas sean mejores.

Ésta sería la defensa del largoplacismo en pocas palabras. Las premisas son sencillas, y no creo que sean particularmente polémicas. No obstante, tomárselas en serio equivale a una revolución moral, una con implicaciones de amplio calado en cuanto al modo en que los activistas, investigadores, responsables políticos y, por supuesto, todo el conjunto de los seres humanos deberíamos pensar y actuar.

Las personas del futuro cuentan, pero rara vez las tenemos en cuenta. No pueden votar, ni formar grupos de presión ni acceder a un cargo público, de manera que los políticos tienen pocos incentivos para pensar en ellas. No pueden hacer negocios ni comerciar con nosotros, así que cuentan con poca representación en el mercado. Asimismo, están incapacitadas para hacerse oír directamente; no pueden tuitear, ni escribir artículos en los periódicos ni manifestarse en las calles. Están absolutamente marginadas.

Los movimientos sociales del pasado, como el de los derechos

civiles o el sufragio femenino, han estado orientados, en general, a conseguir un mayor reconocimiento e influencia para los miembros discriminados de la sociedad. Y yo veo el largoplacismo como una extensión de esos ideales. Si bien no podemos otorgar un poder político genuino a las personas del futuro, sí podemos, al menos, tenerlas en cuenta. Con el abandono de la tiranía del presente sobre el futuro, podemos ejercer como sus depositarios, y ayudar a crear un mundo próspero para las generaciones del porvenir. Esto es de la mayor importancia. A continuación explicaré el porqué.

## **Las personas del futuro cuentan**

La idea de que las personas del futuro cuentan es de sentido común. Las personas del futuro son, al fin y al cabo, personas. Van a existir. Tendrán esperanzas y alegrías y penas y remordimientos, al igual que el resto de nosotros. Lo único es que no existen todavía.

Para ver cuán intuitivo es esto, supongamos que estoy de excursión y arrojo en medio del camino una botella de vidrio que se hace trizas. Vamos a suponer también que, si no la recojo, más tarde una niña se hará un corte grave con los cristales.<sup>20</sup> A la hora de decidir si recogerlos o no, ¿acaso tiene relevancia cuándo se vaya a cortar la niña? ¿Debería importarme si va a ocurrir dentro de una semana o de una década o incluso de un siglo? No. El daño sigue siendo el mismo, sea cuando sea que ocurra.

O imaginemos que una ciudad entera va a sufrir una plaga que hará que mueran miles de ciudadanos y que nosotros podemos evitarlo. Antes de ponernos manos a la obra, ¿necesitamos saber cuándo va a desencadenarse? No. El dolor y la muerte que hay en juego merecen nuestra consideración igualmente.

Y lo mismo con todo lo que pueda ser bueno. Pensemos en algo que nos guste personalmente, tal vez la música o el deporte.

20. Se trata de un ejemplo extraído de *Razones y personas* (Parfit, 1984, p. 315) y modificado.

Ahora vamos a imaginarnos a alguien que disfrute de alguna otra cosa con la misma intensidad. ¿Acaso el valor de su felicidad se desvanece por suceder en el futuro? Supongamos que podemos regalarle una entrada para un concierto de su grupo favorito o para un partido de su equipo de fútbol. Para tomar tal decisión, ¿es preciso que sepamos la fecha en que tendrá lugar el evento?

Recapacitemos sobre qué pensarían las personas del futuro si echaran la vista atrás y nos encontrasen deliberando semejantes cuestiones. Presenciarían cómo algunos de nosotros defienden que la gente del futuro no importa. Y ellos se mirarían las manos, capaces de contemplar su propia vida. ¿Dónde está la diferencia? ¿Qué es menos real? ¿Cuál de los puntos de vista del debate parece más lúcido e incuestionable? ¿Cuál más miope y cateto?

La distancia en el tiempo es como la distancia en el espacio. Las personas importan, aunque vivan a miles de kilómetros. Del mismo modo, también lo hacen si viven a miles de años. En ambos casos, resulta fácil confundir distancia e irrealidad, y entender el límite que alcanza nuestra vista como los confines del mundo. Pero, al igual que ese mundo no termina en la puerta de nuestra casa ni en la frontera de nuestro país, tampoco se acaba con nuestra generación ni con la siguiente.

Se trata de ideas de sentido común. Reza un dicho popular: «Una sociedad crece de forma sana cuando los abuelos plantan árboles bajo cuya sombra saben que nunca se van a sentar».<sup>21</sup> Cuando nos deshacemos de los residuos radioactivos, no decimos: «¿A quién le importa si esto envenena a la gente dentro de unos siglos?». De igual modo, entre quienes nos preocupamos por el cambio climático o la contaminación pocos lo hacen únicamente en beneficio de las personas que están vivas en la actualidad.

Construimos museos y parques y puentes contando con que durarán para muchas generaciones; invertimos en centros de educación y proyectos científicos de largo plazo; conservamos pinturas, tradiciones y lenguas, al igual que protegemos los lugares que consideramos hermosos. En muchos casos, no estable-

21. Aunque es fácil verlo recogido como antiguo proverbio chino o de la Grecia antigua, lo cierto es que es de origen desconocido.



ceamos una línea clara entre lo que nos preocupa del presente y lo que nos preocupa del futuro: ambos están en juego.

La inquietud por las generaciones futuras es de sentido común para diversas culturas intelectuales. En la Gayanashagowa, la constitución oral de la Confederación Iroquesa, que cuenta con siglos de antigüedad, se recoge una declaración particularmente clara, en la que se exhorta a los miembros del gran consejo a «velar siempre no sólo por las generaciones del presente, sino también por las que aún han de llegar».<sup>22</sup> Oren Lyons, jefe espiritual de las naciones onondaga y seneca de la Confederación Iroquesa, lo expresa en los términos de un principio de la «séptima generación», y explica que «hacemos que todas nuestras decisiones redunden en el bienestar social y físico de la séptima generación [...]. Pensamos: ¿beneficiará esto a la séptima generación?».<sup>23</sup>

Con todo, incluso si estamos dispuestos a tener en cuenta a las personas del futuro, queda solventar la pregunta de cuánto peso debemos dar a sus intereses. ¿Hay razones para preocuparse más por quienes viven en la actualidad?

En mi opinión, hay dos que destacan sobre las demás. La primera es la parcialidad. Lo habitual es que tengamos unos lazos más arraigados y especiales con personas del presente, como la familia, amigos y conciudadanos, que con gente del futuro. Es de sentido común que podemos y debemos conceder una importancia adicional a nuestros seres más cercanos y queridos.

La segunda razón es la reciprocidad. A menos que vivamos aislados en medio de la naturaleza, nos vemos directamente beneficiados por las acciones de un número enorme de individuos —profesores, tenderos, ingenieros y, sin duda ninguna, contribuyentes—, y es así a lo largo de toda nuestra vida. Por lo general, pensamos que, si alguien nos ha favorecido, tenemos buenas razones para corresponderle. Y ocurre que las personas del futuro no nos ayudan como lo hacen las de nuestra generación.<sup>24</sup>

22. Constitución de las Naciones Iroquesas, 1910.

23. Lyons, 1980, p. 173.

24. Dicho esto, algunas razones relativas a la reciprocidad también podrían motivar la preocupación por las generaciones futuras. Puede que no nos

Las relaciones más especiales y la reciprocidad son importantes. No obstante, su relevancia no afecta a las conclusiones de mi hilo argumental. No pretendo decir que los intereses de la gente del presente y de la del futuro hayan de tener el mismo peso en todo momento y lugar, sino sólo que la importancia del segundo grupo es significativa. Del mismo modo que brindar unos mayores cuidados a los niños no se traduce en que debamos ignorar los intereses de los desconocidos, preocuparse más de los contemporáneos no implica ignorar a nuestros descendientes.

A modo ilustrativo, supongamos que un día descubrimos la Atlántida, una inmensa civilización ubicada en el fondo marino. Nos percatamos entonces de que muchas de nuestras actividades la afectan. Cuando arrojamos desperdicios a los océanos, envenenamos a sus ciudadanos; cuando un barco naufraga, lo reciclan para aprovechar la chatarra y otras piezas. No vamos a mantener unas relaciones estrechas con los atlantes ni quedamos en deuda con ellos por todos los beneficios que su existencia nos pueda haber brindado; pero, aun así, parece inexcusable dar la importancia debida al modo en que nuestras acciones puedan afectarlos.

El futuro es como la Atlántida. Se trata también de un país vasto y por descubrir,<sup>25</sup> y que prospere o fracase dependerá, en una parte notable, de lo que nosotros hagamos hoy.

---

vayamos a beneficiar de los actos de la gente del futuro, pero ya obtenemos un provecho enorme de los actos de la gente del pasado; comemos los frutos de unos árboles que llevan creciendo miles de años; nos valemos del conocimiento médico que se ha desarrollado durante siglos o vivimos bajo sistemas jurídicos conformados por incontables reformas que han acarreado intensas luchas. Entonces, quizá todo eso nos dé razones para pensar en una «devolución» y aportar nuestra parte de beneficios a quienes están por venir.

25. En el famoso soliloquio del «ser o no ser» de Hamlet, se utiliza el apelativo de «país desconocido» en referencia a la otra vida: «Si no fuese que el temor de que existe alguna cosa más allá de la muerte / (aquel país desconocido de cuyos límites ningún caminante torna) / nos embaraza en dudas y nos hace sufrir los males que nos cercan; / antes que ir a buscar a otros de que no tenemos seguro conocimiento». Al apropiarme de esta metáfora (y naturalizarla) para referirme al futuro, estoy siguiendo los pasos de Gorkon, el canciller klingon en la epónima *Star Trek VI: Aquel país desconocido*.

## El futuro es vasto

Es de sentido común que las personas del futuro cuentan. De modo que también lo es que, desde una perspectiva moral, los números son importantes. Si pudiéramos salvar a una persona o a diez de morir en un incendio, en idénticas circunstancias para todos, deberíamos salvar a diez; y si pudiéramos curar una enfermedad a cien personas o a mil, deberíamos curar a las mil. Y ésta no es una cuestión baladí, porque el número de las personas del futuro puede ser inmenso.

Para entenderlo mejor, pensemos en la historia de la humanidad. En el planeta ha habido miembros del género *Homo* desde hace unos 2,5 millones de años.<sup>26</sup> El *Homo sapiens*, nuestra especie, apareció hace unos trescientos mil años. La práctica de la agricultura comenzó hace unos doce mil, mientras que las primeras ciudades se remontan a hace tan sólo seis mil y la era industrial, a doscientos cincuenta años. Todos los cambios que han tenido lugar desde entonces —el paso de los carros tirados por caballos a los viajes espaciales, de la extracción de sangre con sanguijuelas a los trasplantes de corazón, de las calculadoras mecánicas a los superordenadores— se han hecho en el transcurso de nada más que tres vidas humanas.<sup>27</sup>

### HISTORIA DEL HOMO SAPIENS

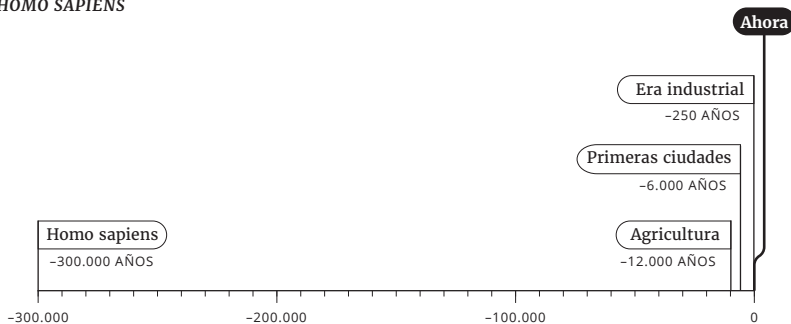


Gráfico 1.1. Historia del Homo sapiens.

26. Las estimaciones al uso son de 2,5 millones (Strait, 2013, p. 42) a 2,8 millones de años (Di Maggio *et al.*, 2015).

27. Özkan *et al.*, 2002, 1797; Vigne, 2011. Más sobre la formación de las primeras ciudades en línea.

CICLO DE VIDA DE UNA  
ESPECIE TÍPICA DE MAMÍFERO

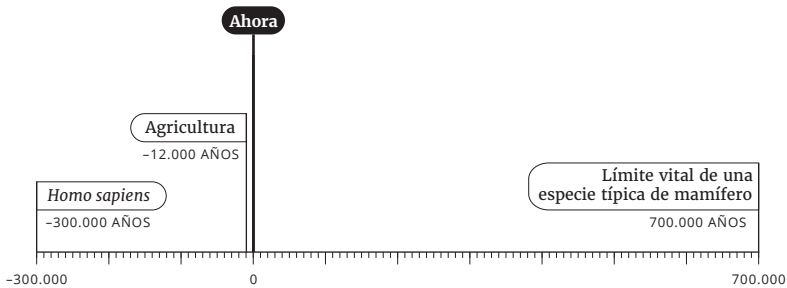


Gráfico 1.2. *El futuro potencial de la civilización, en caso de que los seres humanos sobrevivamos tanto como cualquier especie típica de mamífero.*

¿Cuánto va a durar nuestra especie? No lo sabemos, por supuesto. Pero podemos hacer unas estimaciones esclarecedoras sin dejar de tener en cuenta el factor de incertidumbre, e incluir la posibilidad de que seamos nosotros mismos quienes causemos nuestra desaparición.

Para representar la escala potencial del futuro, vamos a suponer que no duraremos más que una especie típica de mamífero, es decir, alrededor de un millón de años.<sup>28</sup> Asumamos también que la población se mantiene en su densidad actual. En tal caso, aún quedarían por llegar ochenta billones de habitantes, es decir, que las personas del futuro nos superarían en una proporción de diez mil a uno.

Claro que habría que tener en cuenta todas las posibles formas en que puede marchar el porvenir. La duración de nuestra vida como especie podría ser más corta que la de otros mamíferos, en el caso, por ejemplo, de que causemos nuestra propia extinción. Aunque también podría prolongarse. A diferencia de otros mamíferos, contamos con herramientas muy sofisticadas, gracias a las cuales podemos adaptarnos a una variedad de entornos, con el razonamiento abstracto, que nos permite concebir

28. Barnosky *et al.*, 2011, p. 3; Lawton y May, 1995, p. 5; Ord, 2020, pp. 83-85; Proença y Pereira, 2013, p. 168.

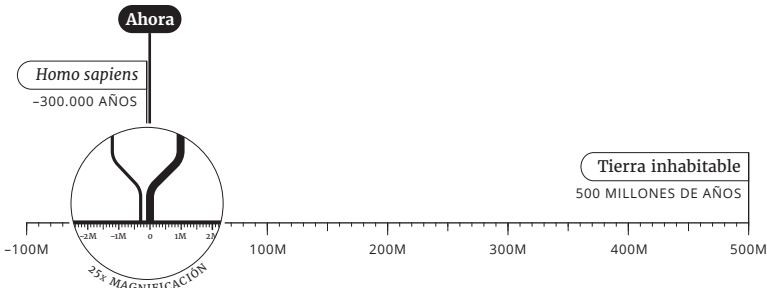
planes complejos y a largo plazo como respuesta a situaciones inéditas, y con una cultura compartida que nos lleva a funcionar en grupos de millones de individuos. Gracias a eso, estamos capacitados para evitar las posibles amenazas a nuestra existencia de formas que están vedadas a otros mamíferos.<sup>29</sup>

Se da como consecuencia un impacto asimétrico en la esperanza de vida de la humanidad. El futuro de la civilización puede ser muy breve, con una fecha de caducidad de tan sólo unos siglos. Pero también es posible que llegue a prolongarse extraordinariamente. La Tierra va a seguir siendo habitable durante cientos de millones de años. Si sobrevivimos todo ese tiempo, manteniendo la misma población por siglo que hemos conocido hasta ahora, el número de personas del futuro será de un millón por cada individuo vivo en el momento actual. Y si, al final, la humanidad llega al espacio exterior, las escalas de tiempo pasarán a ser literalmente astronómicas. El Sol va a producir calor durante cinco mil millones de años más; las últimas formaciones de estrellas convencionales van a tener lugar en un billón de años, y, debido a una pequeña pero persistente oleada de colisiones entre enanas marrones, algunas estrellas seguirán brillando un trillón de años desde el momento actual.<sup>30</sup>

29. No pretendo hacer ninguna afirmación categórica sobre si los animales no humanos poseen algún grado de razonamiento abstracto o capacidad para la planificación a largo plazo, ni decir que ninguno use herramientas. Hay abundantes pruebas sobre el caso de varias especies para sostener que planifican durante horas o incluso días de antelación (p. ej., Clayton *et al.*, 2003; W. A. Roberts, 2012), del mismo modo que la fabricación y el uso de herramientas están bien documentados en primates (Brauer y Call, 2015; Mulcahy y Call, 2006). Si vamos a cuestiones de mayor amplitud, la cognición animal es un tema sobre el que hay investigaciones empíricas en curso y un debate filosófico muy vivo (véase un resumen en Andrews y Monsó, 2021).

30. Las estimaciones del tiempo que el Sol aún va a seguir brillando van de los cuatro mil quinientos millones (Bertulani, 2013) a los seis mil cuatrocientos millones de años (Sackmann *et al.*, 1993), si bien cinco mil millones parece ser la cifra redonda más común. Para ser precisos, la referencia es el tiempo que va a tardar en agotarse el hidrógeno que se encuentra en el núcleo del Sol, punto en el que el astro comenzará a abandonar lo que los astrónomos

**PERÍODO DE HABITABILIDAD  
DE LA TIERRA**



*Gráfico 1.3. El futuro potencial de la civilización, en caso de que los seres humanos sobrevivamos hasta que la Tierra se vuelva inhabitable para la especie a causa del aumento de luz solar. Existe una incertidumbre considerable con respecto a la extensión de esta horquilla, con estimaciones que van desde los 500 millones hasta los 1.300 millones de años.*

La posibilidad real de que la civilización perdure un lapso de tiempo semejante da a la humanidad una esperanza de vida enorme. El 10 por ciento de probabilidades de sobrevivir quinientos millones de años hasta que la Tierra deje de ser habitable nos da una expectativa vital de unos cincuenta millones de años, mientras que el 1 por ciento de posibilidades de sobrevivir hasta

llaman la «secuencia principal» de las estrellas. No obstante, aún va a seguir «brillando», es decir, generando energía mediante la fusión nuclear del hidrógeno para formar helio, pero esto ocurrirá en la superficie, en lugar de en el núcleo. Tras su expansión como gigante roja a lo largo de entre dos mil y tres mil millones de años, se reanudará la fusión en el núcleo (esta vez para formar carbono y oxígeno a partir del helio), y sólo tras este destello de helio final dejará el Sol de brillar por completo, dentro de unos ocho mil millones de años en el futuro.

La cifra para las formaciones de estrellas convencionales es de F. C. Adams y Laughlin, 1997, p. 342. Estoy en deuda con Toby Ord por haberme llamado la atención sobre cuánto tiempo van a seguir brillando aún algunas estrellas. Anders Sandberg, en su libro de inminente publicación *Grand Futures*, apunta a que, incluso en escalas de tiempo mayores, hay exóticas fuentes de energía que se podrían explotar tras el final de dichas estrellas, como es el caso de los agujeros negros. Esto podría ampliar el ciclo de vida de la civilización más allá de un trillón de años.

las últimas formaciones de estrellas convencionales nos dejará con una de unos diez mil millones.<sup>31</sup>

Resta decir que la esperanza de vida de la especie humana no es lo único que debe importarnos, sino también la cantidad de gente de la que estaríamos hablando. Así que debemos preguntarnos cuántas personas habrá viviendo en cualquier momento concreto en el futuro.

Es posible que las poblaciones futuras sean mucho más pequeñas o mucho más grandes que las actuales. En el caso de que ocurra lo primero, no podría tratarse de una reducción de más de ocho mil millones de personas, pues tal es el tamaño de la población en el presente. En cambio, si hablamos de una población mayor, puede llegar a ser mucho más grande. La población mundial ya supera hoy en más de mil veces a la de la era de los cazadores-recolectores. Si la densidad demográfica de todo el mundo se equiparase a la de los Países Bajos, que gozan de autosuficiencia agrícola, llegaría a haber setenta mil millones de personas vivas en un momento dado.<sup>32</sup> Pueden parecer fantasías, pero una población mundial de ocho mil millones de individuos le habría parecido un desvarío a un cazador-recolector prehistórico o a un agricultor del Neolítico.

El tamaño de la población podría aumentar de manera radi-

31. Wolf y Toon (2015, p. 5792) calculan que «las limitaciones fisiológicas del cuerpo humano implican que la Tierra se hará inhabitable para el ser humano en ~1,3 gigaaños [mil trescientos millones de años]»; Bloh (2008, p. 597) deja abierta una ventana un poco más estrecha, y mantiene que «el ciclo vital de las vidas multicelulares complejas y de los eucariotas dura unos 0,8 gigaaños y 1,3 gigaaños respectivamente desde el presente». Seré algo más conservador con mi propia ventana a la habitabilidad humana y la dejaré en quizá unos quinientos millones de años, debido a la considerable incertidumbre en torno a los tiempos y la probabilidad de los acontecimientos fundamentales —como la muerte de las especies vegetales por carencia de dióxido de carbono o un «efecto invernadero galopante» que conduzca a la evaporación de los océanos— y a la pregunta abierta de cuál de ellos será el factor que ponga límite a la habitabilidad humana (véase en Heath y Doyle [2009] un estudio de las cuestiones que afectarían a la habitabilidad de los planetas según los distintos tipos de vida). Más en <whatweowethefuture.com/notes>.

32. Véase <whatweowethefuture.com/notes>.

cal, una vez más, si algún día llegamos a establecernos en el espacio exterior. El Sol produce miles de millones de veces más luz de la que llega a la Tierra; hay decenas de miles de millones de estrellas en nuestra galaxia, y miles de millones de galaxias a nuestra disposición.<sup>33</sup> Por lo tanto, puede ser que, en un futuro lejano, haya una cantidad considerablemente mayor de personas que en la actualidad.

Pero ¿cuántas? Hacer una estimación precisa no es posible ni necesario. Cualquier cálculo razonable nos dará una cifra inmensa.

Veamos la siguiente figura para dar cuenta de ello. Cada una de las siluetas representa diez mil millones de personas. Hasta ahora han vivido, *grosso modo*, cien mil millones de ellas, de manera que diez de las siluetas corresponden a la gente del pasado. La generación del presente consistiría en casi ocho mil millones de individuos, una cifra que redondearé en diez mil millones y simbolizaré con una silueta.

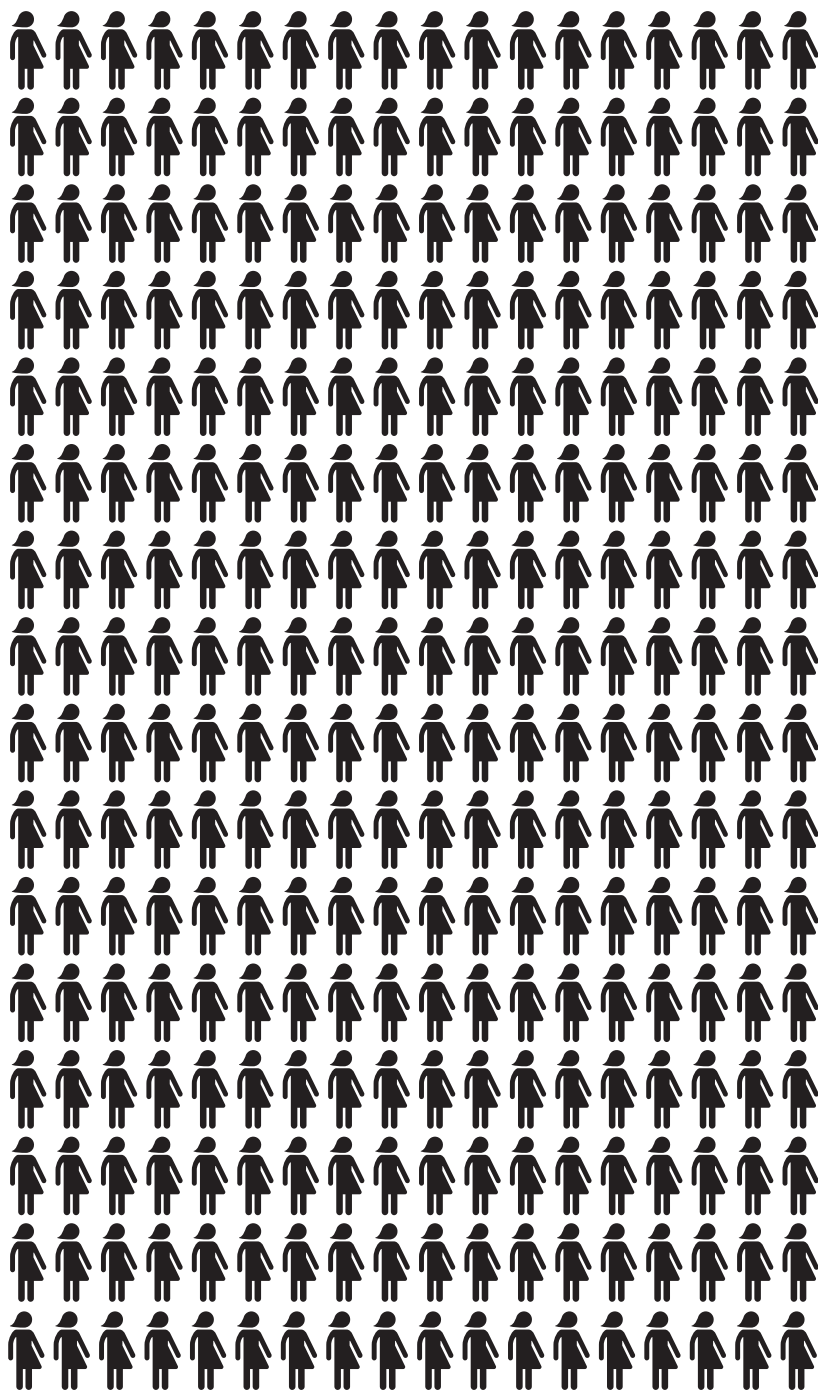


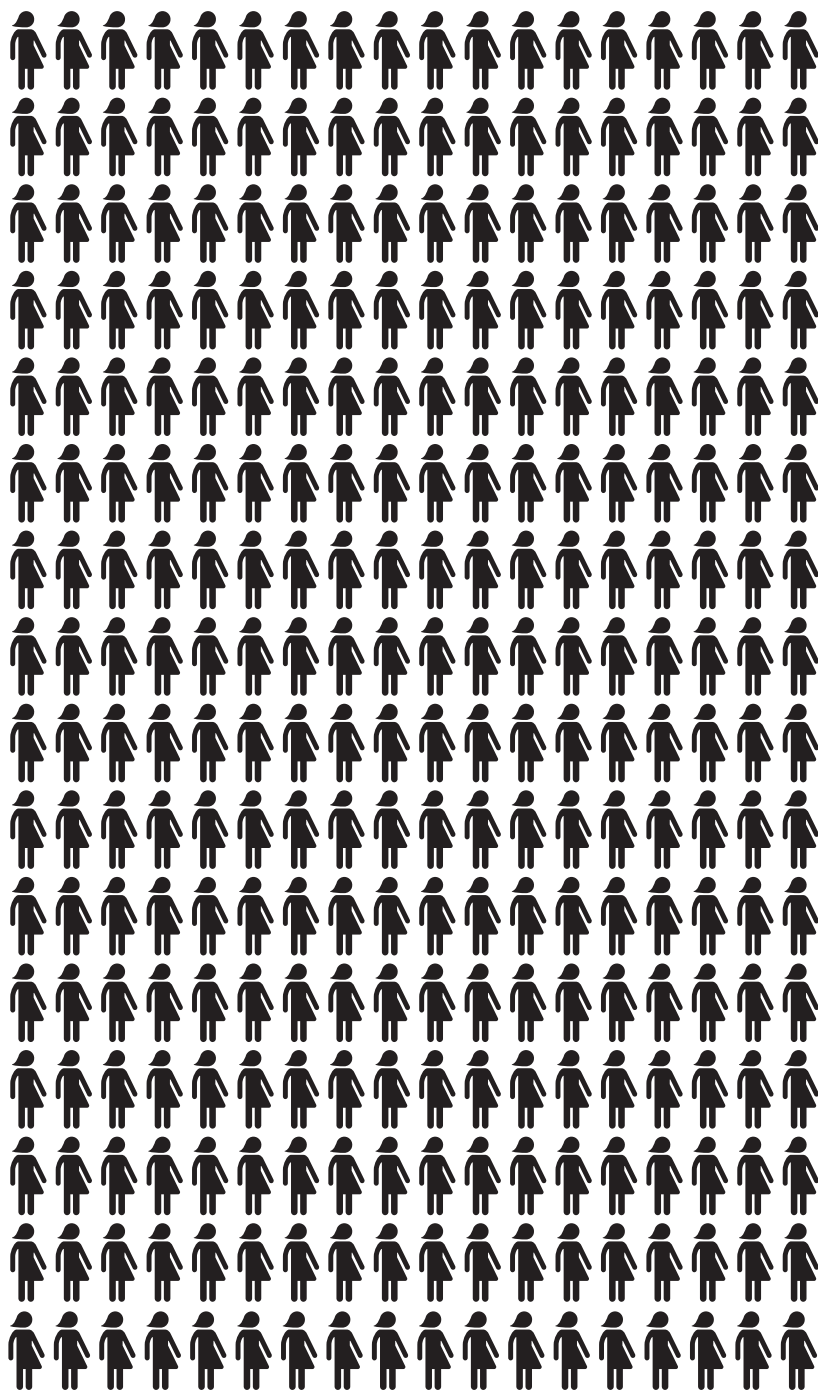
A continuación, vamos a ver una representación del futuro. Vamos a analizar el escenario en el que la demografía se mantiene en los niveles actuales y seguimos viviendo en la Tierra durante quinientos millones de años. Éstas son las personas del futuro:

33. Hay entre cien y cuatrocientos mil millones de estrellas en nuestra galaxia, la Vía Láctea. El número de las que son alcanzables se ha estimado en cuatro mil trescientos millones (Armstrong y Sandberg, 2013, p. 9), mientras que Ord (2021, p. 27) mantiene que «el universo a nuestro alcance contiene veinte mil millones de galaxias con un total de entre  $10^{21}$  y  $10^{23}$  estrellas (cuya masa promedio es de la mitad de la del Sol)».









Gracias a esta representación visual, comenzamos a hacernos una idea de la cantidad de vidas que hay en juego, y eso que he simplificado el diagrama; la versión completa daría para llenar veinte mil páginas, y el libro estaría unas cien veces más saturado. Cada silueta representaría diez mil millones de vidas, y cada una de ellas podría prosperar o caer en desgracia.

Antes he dicho que la humanidad actual es como una adolescente irreflexiva; tenemos la mayor parte de nuestra vida por delante, y las decisiones que van a influir en el resto de ella revisten una gigantesca importancia. Sin embargo, lo cierto es que esta analogía se queda incluso corta respecto a lo que trato de plantear aquí. Una adolescente sabe aproximadamente cuánto tiempo vivirá, mientras que la esperanza de vida de la especie humana no la conocemos. Por eso, más bien seríamos como una adolescente que en el transcurso de los próximos meses bien podría provocar su propia muerte por accidente o vivir miles de años. Alguien en una situación parecida ¿pensaría seriamente en toda la vida que aún le queda por delante, o haría caso omiso sin más?

Vista con cierta distancia, la magnitud del futuro puede resultar apabullante. Por lo general, el pensamiento a «largo plazo» dirige la atención a años o, como máximo, a décadas vista. El caso es que, incluso si la esperanza de vida de la especie humana fuera reducida, la metáfora pasaría a ser entonces la de una adolescente que cree que hacer planes a largo plazo es pensar en mañana, pero no en pasado mañana.

Con independencia de lo abrumadoras que puedan ser estas reflexiones sobre el futuro, si de verdad nos importan los intereses de las futuras generaciones —si asumimos que son personas reales, con capacidad de alegrarse y sufrir, al igual que nosotros—, entonces debemos tomar en consideración el impacto que tenemos en el mundo que habitan.

## **El valor del futuro**

Así pues, el futuro puede ser muy vasto, y puede tornarse muy bueno o muy malo.

Para hacernos una idea de hasta dónde puede llegar lo primero, no hay más que ver los progresos de la humanidad en los últimos siglos. Hace doscientos años, la media de la esperanza de vida estaba por debajo de los treinta, mientras que, en la actualidad, se sitúa en setenta y tres años.<sup>34</sup> En aquellos tiempos, además, el 80 por ciento del mundo vivía en la pobreza extrema, mientras que ahora hablamos de menos del 10 por ciento.<sup>35</sup> De la

34. Las cifras son de la esperanza de vida al nacer (Roser, 2018). Puesto que, en el siglo XIX, cerca del 43 por ciento de los bebés nacidos en todo el mundo morían antes de los cinco años (Roser 2019), quien pasase esa edad podía esperar llegar a los cincuenta, más o menos. Téngase en cuenta también que setenta y tres años no es necesariamente la mejor predicción de cuánto va a vivir alguien nacido en la actualidad. La explicación es que las cifras que he elegido se refieren a la «esperanza de vida del período», una medida de la esperanza de vida que por definición ignora las tendencias futuras. Por ejemplo, si se van a hacer nuevos progresos en medicina y sanidad pública, se esperaría que alguien que naciese hoy fuese a vivir más de setenta y tres años; por otro lado, si aparecen nuevas enfermedades mortales o una amplia fracción de la población mundial desaparece del mapa por causa de una catástrofe de gran escala, es posible que alguien que naciese hoy fuese a tener una vida más corta de lo que indica la esperanza de vida del período al nacer.

35. Se estima que en 1820 el 83,9 por ciento de la población mundial vivía con unos ingresos diarios que, ajustados a la inflación y las diferencias en los precios entre países, daban para menos de lo que se podía comprar con un dólar en 1985 (Bourguignon y Morrisson, 2002, tabla 1, pp. 731, 733). En 2002, cuando Bourguignon y Morrisson publicaron un artículo seminal sobre la historia de la distribución mundial de las rentas, ése era el umbral de pobreza que manejaba el Banco Mundial, usado por lo general para medir la pobreza extrema. Desde entonces, la entidad ha actualizado dicho umbral, con unos ingresos diarios correspondientes a lo que 1,90 dólares daban para comprar en Estados Unidos en 2011. Con esta nueva definición, los datos del Banco Mundial indican que la porción de la población internacional que vive en la pobreza extrema ha caído por debajo del 10 por ciento desde 2016; la pandemia de la COVID-19, por desgracia, vino a interrumpir esa tendencia continuada al declive de ese porcentaje un año tras otro, aunque no ha vuelto a alcanzar dicho 10 por ciento (Banco Mundial, 2020). Si bien la medida en que el antiguo umbral de la pobreza y el nuevo se ajustan a la realidad es objeto de debate, pienso que la conclusión de que la fracción de la población mundial en la pobreza extrema se ha reducido de forma drástica es indiscutible. No se trata de negar que aún queda un largo trecho por recorrer en la lucha contra la pobreza; por ejemplo, más del

misma manera, sólo el 10 por ciento de los adultos estaban alfabetizados, mientras que hoy en día lo están más del 85 por ciento.<sup>36</sup>

Considerándonos como un todo colectivo, tenemos el poder de estimular esas tendencias positivas e invertir el rumbo de las negativas, como controlar la drástica intensificación de las emisiones de dióxido de carbono o reducir el número de animales que sufren en las granjas industriales. Tenemos la capacidad de construir un mundo en el que cada individuo viva igual que las personas más felices de los países que gozan de una mayor opulencia en la actualidad, en el que nadie se vea condenado a la pobreza ni a la falta de una atención médica suficiente y en el que, en la medida que sea posible, todos tengan la libertad de vivir como quieran.

Pero, incluso con todo eso, podemos hacerlo mejor, mucho mejor. En el mejor de los casos, lo que llevamos visto hasta aquí constituiría una guía bastante somera de nuestras posibilidades. Para hacernos una idea de la situación, reflexionemos sobre la vida de un hombre adinerado en la Inglaterra de 1700, un tipo con acceso a los mejores alimentos, los cuidados médicos y los lujos disponibles en aquella época. A pesar de gozar de todas estas ventajas, no sería raro que acabase muriendo de viruela, sífilis o tifus. Si necesitase una cirugía o sufriese un dolor de muelas, el tratamiento sería tormentoso, además de acarrear un riesgo elevado de infección. En el caso de que viviese en Londres, el aire que entraría en sus pulmones estaría diecisiete veces más contaminado que el actual.<sup>37</sup> Por otra parte, sólo desplazarse dentro de Inglaterra podría llevarle semanas, y la mayor parte del planeta sería inaccesible para él. Si se hubiese imaginado un futuro en el que la mayoría de las personas fuesen tan acaudaladas como él, entonces le habría faltado prever muchas de las cosas que han mejorado nuestra vida, como la electricidad, la anestesia, los antibióticos y los medios de transporte modernos.

---

40 por ciento de la población mundial vive aún con menos de 5,50 dólares al día (de nuevo, ajustados a la inflación y a las diferencias entre los precios de un país a otro en relación con Estados Unidos en 2011).

36. Roser y Ortiz-Ospina, 2016.

37. Our World in Data, 2017. Más en <[whatweowethefuture.com/notes](http://whatweowethefuture.com/notes)>.

Pero la tecnología no es lo único que ha mejorado la existencia de las personas, sino que los cambios morales también han sido importantes. En 1700, las mujeres no podían ir a la universidad, y el movimiento feminista no existía.<sup>38</sup> Si nuestro británico acaudalado hubiese sido gay, no habría podido amar abiertamente, puesto que la sodomía estaba penada con la muerte.<sup>39</sup> En el momento en que la esclavitud había llegado a su apogeo, a finales del siglo xvii, una proporción significativa de la población mundial vivía esclavizada, mientras que en la actualidad el porcentaje se ha reducido a menos del 1 por ciento.<sup>40</sup> En 1700, nadie vivía en una democracia; ahora, más de la mitad del mundo lo hace.<sup>41</sup>

38. Se ha rumoreado sobre algunos casos de mujeres que se titularon o impartieron clase en las universidades antes de 1700, pero, por lo general, sus vidas están escasamente documentadas. Más en <[whatweowethefuture.com/notes](http://whatweowethefuture.com/notes)>.

39. «A lo largo del siglo xviii y hasta 1861, todos los actos homosexuales con penetración llevados a cabo por varones se castigaban con la pena de muerte» (Emsley *et al.*, 2018).

40. «A finales del siglo xviii, una cifra holgadamente por encima de los tres cuartos del total de la gente viva estaba sometida a ataduras de un tipo u otro, no las de la cautividad con uniformes a rayas de las prisiones, sino las de los sistemas esclavistas o la servidumbre» (Hochschild, 2005, p. 2). Las cifras referidas al momento actual —40,3 millones o, lo que es lo mismo, alrededor del 0,5 por ciento de la población mundial— incluyen tanto los trabajos forzados como los matrimonios por la fuerza (Walk Free Foundation, 2018).

41. Si bien la tendencia general al aumento de las libertades políticas y la autonomía individual me parece irrefutable, las cifras exactas dependerán de la definición de «democracia». Yo me adhiero a la de la página «Democracia» de Our World in Data (Roser, 2013a), basada en el conjunto de datos Polity IV, de extendido uso. Su marcador de nivel democrático es una variable compuesta que plasma distintos aspectos para medir «la presencia de instituciones y procedimientos a través de los que la ciudadanía puede expresar preferencias efectivas de alternativas y dirigentes políticos» y «la existencia de limitaciones institucionalizadas al ejercicio del poder por parte del ejecutivo», aunque queda excluida la medición de las libertades civiles (Marshall *et al.*, 2013, p. 14). Mi afirmación sobre el año 1700 se basa en la asunción de que las cosas entonces no podían ser mucho mejores que en el siglo xix, cuando, según el proyecto Polity IV, menos del 1 por ciento de la población mundial vivía en democracia. Al mismo tiempo, estoy efectuando el juicio definitorio de excluir a las socieda-